

Un mal necesario

Sandra cambia de postura y se acurruca de lado entre las sábanas de franela, al tiempo que saca la cabeza y siente un escalofrío repentino que la hace estremecerse.

En España le habían preguntado en más ocasiones de dónde era que cómo se llamaba. Tanto, que de niña llegó a pensar en inventarse un país para responder a todos los curiosos. Su mera existencia resultaba sorprendente. Su pelo, su piel, sus rasgos, era diferente al resto de los niños que la rodeaban y se lo recordaban constantemente de múltiples formas. La más invasiva era cuando hundían los dedos en su cabello para acariciarlo sin su permiso. Lo peor de todo es que ella estaba tan acostumbrada que ni siquiera oponía resistencia, se quedaba quieta y lo aceptaba frunciendo el ceño, con una resignación inusual en alguien de su edad. Cuando se cansaba de que la manosearan continuaba su camino, sin mediar palabra ni mirar atrás, con millones de porqués retumbando en su cabeza. En realidad, los niños no hacían otra cosa que imitar a los adultos. En los años ochenta, los desconocidos señalaban a su familia por la calle y cuchicheaban a su paso. Para esas personas, lo que tenían delante era todo un cuadro: una madre blanca, delgadita, hippy, con melena hasta la cintura; un padre negro, guapo, trajeado,

con un afro cuidado y gafas de sol; y dos niñas que para la mayoría también eran negras, aunque fueran más claras. Su familia solo paseaba, iba a la compra o bajaba al parque como cualquier otra, no hacían nada que resultara excepcional, pero la gente giraba la cabeza al verlos, descorrían las cortinas para observarlos sin disimulo y, a su paso, dejaban una estela de comentarios que nadie había pedido:

«Menuda zorra tiene que ser para estar con un negro.»

«A esa seguro que no la quería nadie.»

«Se quedaría embarazada y ya tuvo que tirar para delante.»

A veces las opiniones eran pretendidamente amables pero igual de hirientes:

«Pues mira que han salido guapas las chicas, con lo negro que es el padre», decían entre risas.

«Desde luego, lo más bonito son las mezclas.»

«Cuando crezcan, estas pequeñajas ni nos van a mirar de lo buenas que van a estar.»

A su madre le preocupaba que a Sandra y a su hermana pudieran afectarles los comentarios, pero vivir algo así desde niñas las había hecho bastante inmunes al dolor. Sin embargo, la ira crecía en el interior de sus pequeños cuerpos y, en ocasiones, estallaba sin motivo aparente. También se apoderaba de ellas la vergüenza, porque pensaban que quizá habían hecho algo mal y por eso hablaban así de ellas.

Ya de adulta, su hermana Sara, de piel más clara que Sandra, les confesó un día mientras cenaban que cuando era pequeña prefería ir de la mano de su madre porque pensaba que les miraban mal por la tez oscura de su padre. Hasta que cayó en la cuenta de que ella tampoco era como los demás. Una niña no analiza ni comprende esas cosas, lo entendió por los sucesivos mote que les habían puesto desde que empezaron el colegio: «Conguito», «Baltasar», «Cola Cao», «Nocilla» o «Carbonilla». Esos apelativos hicieron sentir a ambas hermanas que eran distintas. Aunque trataron de restarle importancia porque todos tenían algún mote en la escuela. Sin embargo, hay

insultos que trascienden las palabras, son los flecos que asoman de tejidos tan pesados y tan largos que su inicio está en otro tiempo y lugar. No siempre se da con el origen y hallarlo tiene efectos secundarios: provoca alivio y dolor al mismo tiempo.

Sandra era dos años mayor que su hermana y, sin necesidad de hablarlo, al llegar a quinto de EGB sintió que debía protegerla y evitarle los problemas que estaba teniendo ella. A una edad muy temprana tomó conciencia de que lo que vivía no era algo normal y coincidió con el momento en que pasó de los insultos a las manos. Odiaba pelearse. Defenderse y defender a su hermana significaba atacar o estar en alerta perpetua. Era extraño porque ella tenía un carácter amable y solícito. Sacaba buenas notas y prestaba sus deberes sin que se los pidieran. Buscaba amor, aceptación, como si hubiera cometido un grave error y tuviera que estar disculpándose constantemente a través de sus actos. Era responsable, buena conversadora para su edad, tenía un sentido del humor que provocaba que todos se rieran, caía bien a los profesores y al resto de alumnos, e incluso fue delegada varios cursos. No obstante, esa aparente perfección saltaba por los aires cuando se burlaban de su color de piel. Entonces se quitaba la mochila rápido, la tiraba al suelo, se olvidaba del material escolar, del desayuno que su madre le había preparado y, si hacía falta, se pegaba con el abusón de turno. Daba igual que fuese un niño o una niña porque en aquel instante no tenía miedo. Sandra era poca cosa, siempre fue bajita y no especialmente corpulenta, pero si tenía que pegarse lo hacía con tal fuerza que su tamaño era lo de menos. No era valentía sino rabia, la que llevaba conteniendo años.

Luis, un chico repetidor que estaba en sexto, un día le dijo en la fila a la pequeña Sara que los monos como ella deberían estar en una jaula. Todo el mundo lo escuchó. Hasta ese momento Sandra estaba contenta, le acababan de dar la nota de un examen de matemáticas y había sacado un nueve. Lo recuerda perfectamente. Sin embargo, aquel insulto consiguió que su alegría se fuera al traste.

Luis era mayor y hasta hacía poco a Sandra le gustaba porque era rubio y tenía los ojos claros; los guapos en la escuela eran siempre de esa forma. Sandra se acercó a Sara para decirle que se tapara los ojos y a continuación se dirigió a él decidida, con los brazos y las manos extendidas, para tirarle del pelo. Luis lo tenía tan corto que era casi imposible agarrarlo, así que ella comenzó a lanzar manotazos ciegos al viento. Él sabía usar los puños. Por suerte para Sandra, cuando se pegaba con alguien se salía de su cuerpo para no sentir el impacto de los guantazos que le daban.

En el patio, como si de una especie de imán se tratara, cuando pasaba algo así los demás niños solían parar de jugar y se encaminaban al sitio exacto en el que estaba teniendo lugar la pelea, atraídos por la lucha. Trazaban un círculo y coreaban enloquecidos: «¡Pe-le-a, pe-le-a!». Aquella vez no fue diferente, y a la consigna habitual se sumaron gritos de apoyo a los contendientes: «¡San-dra, San-dra!», o «¡Vamos, Luis, pega a esa negra!». Ella lo escuchaba ralentizado y lejano. Era como un trance en el que todo iba lento, incluso los golpes que le venían impenitentes del otro lado. Llegó un momento en que tuvo que curvar la espalda y adoptar una posición de parapeto, la batalla estaba perdida y prefería protegerse antes que darse por vencida, hasta que de repente distinguió la voz de su amiga Lidia, que le espetó con vehemencia: «¡A los huevos!». Y eso hizo. Levantó la pierna con fuerza y acertó a darle en la entrepierna. Luis aulló y tuvo que hincar las rodillas en el suelo, casi sin aliento. Sandra se sintió victoriosa. Entonces apareció Marce, su tutora, una mujer enjuta y vivaracha que rondaba los sesenta. Había visto tantas luchas de recreo que no se dejaba impresionar por un choque de trenes de juguete. Paró lo que ya se había convertido en un espectáculo y dispersó a la multitud. Para que no los llamaran como testigos, los alumnos se desperdigaron veloces por el inmenso patio, que contaba con una cancha de baloncesto, un campo pequeño de fútbol, un terraplén de cemento en donde caerse implicaba regalarse una mar-

ca indeleble en la piel, y una zona con arena que seis meses al año era barro. Sandra y Luis, por su parte, acabaron en el despacho del jefe de estudios, don Ricardo. Aquel hombre de mirada dura les hablaba como adultos, aunque dejando patente quién detentaba la autoridad. Su tono los asustó, pero más todavía la advertencia de llamar a sus padres. Jamás lo hizo. Después de todo, aquello solo eran cosas «de chiquillos».

Podría decirse que Sandra había vencido en esa ocasión. Pero no era una cuestión de ganar o perder. Es más, había perdido muchas de aquellas peleas. No obstante, para la Sandra niña, esas luchas servían para demostrar que las agresiones racistas no quedarían impunes. Así era la ley del patio. Los golpes concluían y la vida seguía, como si no hubiera pasado nada. Aunque aquel día Sandra supo que si alguien se planteaba insultarla a ella o a su hermana de nuevo, se lo pensaría dos veces.

A pesar de todo, las agresiones racistas se repetían. El «negra de mierda» se colaba con facilidad, incluso entre sus amigas del alma. Esas malditas palabras brotaban desde lo más profundo, ocultas por las lecciones de educación cívica o de religión. Si salían, era porque estaban ahí. Y aunque detestara ser consciente de esa realidad, Sandra asumía que no podía cambiarla.